

Entre las lógicas estratégicas de la guerra y el proceso de paz en Colombia

Álvaro Acevedo Tarazona
Francisco Javier Gómez Silva

Voces en pro o en contra, opiniones, argumentos, discurren hoy sobre el proceso de paz en Colombia; los más con pesimismo, los menos con esperanza. Los analistas muestran las múltiples facetas de la negociación, los proyectos, los matices de mantener diálogos en medio del conflicto, incluso pese al terrorismo o a la violación a los derechos humanos, una situación que, por supuesto, sin dilaciones, debe cambiar. Algunos consideran que el gobierno pierde y la guerrilla gana, mientras que otros prefieren suponer que existe una especie de empate militar negativo, que los más pesimistas ubican como el 'inicio' de una verdadera guerra civil.

Pero poco se detienen los expertos en el análisis de las estrategias militares y su relación con la política estatal en el marco de una guerra contra un 'enemigo interno' o de contrainsurgencia; situación extraña pues el núcleo de la confrontación del gobierno contra los múltiples actores armados supone implementar estrategias y mecanismos que permitan alcanzar los objetivos de aniquilar o derrotar a quien se considera el enemigo destructor o por lo menos obstáculo para alcanzar o mantener un ordenamiento social específico; una confrontación que también supondría, en el mejor de los casos, circunscribir los ámbitos y las acciones orientadas a negociar.

Evaluar el proceso de paz desde las estrategias y acciones militares hasta la efectividad de las mismas para eliminar al oponente o destruir sus medios para hacer la guerra, ofrece la posibilidad de valorar los alcances reales, las estrategias políticas empleadas hasta el momento; no hay que olvidar que la guerra es la continuación de la política por otros medios, tal como lo señaló Clausewitz.

Una valoración que cada vez adquiere más vigencia en un gobierno considerado por un creciente número de voces y analistas como débil

frente a la acción de los subversivos¹. Pero, ¿qué tan cierto es que el gobierno y el Ejército colombiano se encuentren librando una guerra contra un enemigo cada vez más fortalecido o que hasta el momento se encuentren combatiendo a un enemigo al que no conocen, además de comportarse de manera pasiva y defensiva frente a la subversión?² El punto de la información tendenciosa implica responsabilizar a los medios masivos de comunicación por su incapacidad para realizar investigaciones críticas y el excesivo amarillismo que despliegan al realizar sus notas sobre el conflicto bélico sin considerar los verdaderos alcances de las acciones oficiales realizadas.

Al respecto, es difícil admitir que el gobierno y el Ejército colombiano desconozcan al enemigo que confrontan o que ni siquiera lo hayan definido después de casi medio siglo de estar combatiéndolo, ni mucho menos puede aceptarse que un Estado sea incapaz de elaborar una estrategia político-militar efectiva contando con ingentes recursos y apoyo logístico extranjero. Tal vez una mirada analítica a los argumentos y posiciones de los militares frente al conflicto sea una forma de explorar otras tesis al respecto, en especial porque esta rama del poder materializa o encarna los propósitos reales del Estado.

Con tal propósito y a manera de abre bocas a un tema poco estudiado, se examinarán los artículos La acción directa frente a la subversión y Estrategia de acción indirecta frente a la subversión, del coronel Manuel José Santos Pico, publicados en la revista Fuerzas Armadas (volumen LIV, ediciones 170 y 171 de 1999). El análisis de estas publicaciones muestra las tendencias estratégicas de la institución militar para enfrentar al enemigo y aniquilarlo, justo en el momento en que también se fijó la famosa

agenda común para entablar acuerdos con las FARC, a propósito de la conformación de una Mesa Nacional de Diálogos y Negociación³. Son documentos que revelan, sin tapujos, la visión de quienes tienen la misión constitucional de apuntalar la autoridad del gobierno y estabilizar el funcionamiento del Estado. Por consiguiente, muestran la dinámica real a seguir en una confrontación contra quienes son considerados "bandoleros" o enemigos del andamiaje institucional. Las observaciones allí consignadas no corresponden a simples descripciones teóricas sobre posibles acciones, sino a directrices oficiales trazadas y materializadas a corto y mediano plazo en la lucha contra la subversión.

Según los artículos del coronel Santos Pico, la acción directa contra la subversión tiene cuatro tendencias estratégicas: la estrategia del centro de gravedad, la de los accesorios, la ampliación del frente y la de desgaste. Las dos primeras corresponden a la identificación de factores o elementos neurálgicos del adversario que, en un primer caso, lo debiliten bien sea de "aquella parte que al destruirla, logre el desplome de todo el conjunto, la degradación de la fuerza enemiga, la rendición incondicional, la derrota"⁴; mientras que en un segundo plano "lo que se plantea es buscar en forma directa los elementos secundarios de la organización enemiga y destruirlos, de manera tal que no sea necesario destruir el corazón"⁵. Las otras dos estrategias, la ampliación del frente y la de desgaste, se proponen desarrollar acciones de combate permanentes en múltiples lugares, siguiendo los patrones de ataque de las guerrillas, aniquilándolas de manera lenta, aumentando el número de bajas y disminuyendo sus posibilidades de recuperación a mediano y largo plazo⁶.

La acción indirecta contra la subversión, según el autor mencionado, consiste en emplear cuatro

¹ A propósito del libro de RANGEL, Alfredo. 'Guerra insurgente: Conflictos en Malasia, Perú, Filipinas, El Salvador y Colombia'. Bogotá: Intermedio Editores, 2001.

² *Ibid.*, p. 419-443. Rangel presenta este tipo de análisis con balance nada favorable para el gobierno y las fuerzas militares, en un subtítulo de su obra citada denominado ¿Por qué el Ejército no ha podido derrotar a las Farc?

³ Para seguir la cronología del proceso de diálogo entre el gobierno y las Farc se recomienda el artículo de GARCÍA DURÁN, S. J., 'Las negociaciones de paz. Mas allá de la coyuntura' (2001), el cual se encuentra en la página web del Cinep, sección de artículos.

⁴ SANTOS PICO, Manuel José. La acción directa frente a la subversión. En: Revista Fuerzas Armadas. Volumen LIV, Edición 170, (mar. / 1999); p. 31.

⁵ *Ibid.*, p. 32.

⁶ *Ibid.*, pp. 34 y 35.



medios diferentes para alcanzar la derrota del enemigo: la acción psicológica, la económica, la política y la diplomática. En dicho planteamiento, la acción psicológica desarrolla dos frentes. Uno que moviliza al pueblo "empleando las palancas que desbordan las pasiones: patriotismo, sociedad, libertad, cambio, nacionalismo, fe religiosa, entre otros"⁷; incluso hasta los deportes y toda actividad que anime el patriotismo, según se infiere por lo expuesto en los textos del coronel Santos Pico. Y un segundo que fomenta un "ambiente ideológico" a favor de la causa nacional, adoctrinando, controlando los medios masivos de comunicación con noticias sensacionalistas y si fuere del caso "bombardeando" con propaganda.

La acción económica es muy sencilla: "El pobre no entiende de índices macroeconómicos, sólo le interesa un pedazo de pan y un techo digno"⁸; mientras que la diplomática se preocupa por consolidar el funcionamiento del Estado para adquirir recursos y legitimidad en el ámbito internacional, aunque para ello sea necesario recurrir a políticas y asociaciones económicas con otros países sin detenerse en consideraciones sobre los beneficios o desventajas a largo plazo⁹. A todo lo anterior debe sumarse el progresivo control ejercido por las Fuerzas Armadas en otras esferas del poder público, tal es el caso del avance de los militares en aspectos como el judicial, que gracias a la aprobación presidencial, les otorga facultades de policía judicial, aumenta sus atribuciones en la lucha contra el terrorismo (Estatuto Antiterrorista) y les permite flexibilizar sus actuaciones en los denominados "teatros de operaciones".

Pero además de estas estrategias directas e indirectas planteadas por los militares contra la subversión -que no dejan de sorprendernos por su crudeza y realismo, de la misma manera que nos asombran las declaraciones de guerra de las FARC- en este 'estira y afloje' el gobierno ha sabido tejer, paralela al proceso de paz, una

estrategia contra un enemigo único, que hasta el momento ha presentado las siguientes características:

1. Identificación de las FARC como el enemigo interno con mayor poderío militar y económico, es decir como un agente desestabilizador de primer orden al cual es necesario contrarrestar utilizando cuatro tácticas: negociando, obligándolo a cambiar de estrategia militar, restándole legitimidad e internacionalizando el conflicto bajo el rótulo de guerra contra el narcotráfico. Precisamente con este grupo subversivo el Estado entabló una dinámica de negociación consistente en fijar una zona de distensión, establecer agendas de diálogo, crear oficinas especializadas de convenios, promover audiencias públicas y generar ambientes de participación internacional (aspectos políticos de acción indirecta). Y así se diga lo contrario, tal dinámica ha servido para neutralizar buena parte del potencial militar de las FARC, además de presionar y casi obligar a tal grupo a establecer mecanismos para obtener reconocimiento fuera del país, con lo cual esta organización deberá someterse -quíéralo o no- a reglamentaciones, convenios, acuerdos, tribunales y pactos internacionales con el objetivo de adquirir legitimidad frente a una comunidad supranacional. Así mismo, tal estrategia del gobierno colombiano ha presionado a las FARC a pasar de una guerra de guerrillas a una de posiciones, circunstancia que coloca a tal grupo en una situación difícil, pues no cuenta con la capacidad operativa para sostener este tipo de conflicto. Los intentos de esta agrupación para conformar un Ejército Popular, con un bloque masivo de combatientes capaz de ejecutar operaciones militares a gran escala han fracasado rotundamente, como lo demuestran las derrotas en el Páramo de Santurbán (Santander) donde fue desmembrada y aniquilada una columna de varios frentes, de la misma manera que la actual operación conocida como "7 de agosto" en el sur del Meta

⁷ SANTOS PICO, Manuel José. Estrategia de acción indirecta frente a la subversión. En: Revista Fuerzas Armadas. Volumen LIV, Edición 171 (jun. / 1999); p. 20.

⁸ SANTOS PICO, La acción directa frente a la subversión, Op. cit., p. 21.

⁹ *Ibid.*, p. 21.

y el norte del Guaviare, que demostró la capacidad del Fudra (Fuerza de Despliegue Rápido) para acorralar y destruir los intentos de las FARC de avanzar como tropa regular. Es importante destacar que una confrontación a gran escala, dentro del marco de la guerra regular, requiere consolidar una economía capaz de suministrar recursos permanentes y abundantes, flujos de capital cuantiosos para mantener las tropas y dotarlas con material bélico avanzado, asunto que complica la situación de las FARC, pues el secuestro, el boleteo y la extorsión no son puntales económicos suficientes en caso de ampliar la fuerza militar, circunstancia que ha obligado a tal organización a recurrir a impuestos sobre cultivos ilícitos y a involucrarse en actividades del narcotráfico, debilitando así su imagen internacional, tanto por la violación de los derechos humanos como por su participación en el mercado de las drogas ilícitas.

2. El segundo paso seguido por el gobierno fue aplicar en el plano militar las teorías de acción directa e indirecta contra los grupos subversivos con menor potencial económico-militar: ELN (Ejército de Liberación Nacional) y EPL (Ejército Popular de Liberación). La ampliación del frente, el desgaste y la de accesorios son tácticas estratégicas que juegan un importante papel en este proceso. De tal forma, la fuerza del Estado, liberada de mantener una guerra fraccionada contra otras agrupaciones subversivas, amplió los frentes de guerra, pero aplicando una cuidadosa estrategia selectiva. En primer lugar, las Fuerzas Armadas colombianas dirigieron sus esfuerzos contra el EPL (organización pequeña desde el punto de vista militar), presionando primero sus bases urbanas y luego acosando sus tropas rurales, hasta que poco a poco fueron minando su capacidad de acción al obligar al mencionado grupo a entablar una lucha contra tres enemigos: el Ejército Nacional, los paramilitares e incluso las FARC, puesto que estas últimas entraron al conflicto para ocupar las zonas dejadas por el EPL. En algunos casos, como en Santander, las FARC actuaron no sólo como adversarias del EPL (en Barrancabermeja las Farc le declararon al EPL una guerra frontal),

sino que además detuvieron miembros de tal organización en la zona conocida como Provincia de Soto y los entregaron a las autoridades nacionales dentro de una política de lucha contra los supuestos o reales abusos cometidos por miembros del EPL. Jugada magistral, intencional o no del gobierno colombiano, puesto que el EPL no fue capaz de mantener una acometida con tales características y fue prácticamente aniquilado, en lo político y en lo militar. Eliminada la cúpula que controlaba la orientación ideológica, cortados los canales de suministros, sin bases urbanas de apoyo logístico ni suficiente fuerza rural y con escasas posibilidades de recuperar sus zonas de influencia, el EPL finalmente perdió su capacidad operativa y el Estado salió fortalecido al afirmar su autoridad, ampliar el pie de fuerza del Ejército, derrotar un enemigo en guerra irregular, ganar recursos internacionales por su efectividad y diluir a las FARC en un mayor territorio.

3. Así, las FARC embarcadas por ahora en una guerra de posiciones, en forma contradictoria se debilitan al intentar extender sus tropas en un mayor territorio tratando de ganar los espacios dejados por los aniquilados frentes guerrilleros; con el agravante de que gana un nuevo enemigo: los minúsculos reductos del grupo derrotado. Después de tal avance y avasallador triunfo del gobierno, éste centra su atención en otra organización guerrillera, el ELN, con quien nuevamente utilizará las mismas estrategias. Como lo anota Mauricio García Durán, en primer lugar avanzan los paramilitares: "De la misma manera, los paramilitares refuerzan sus operativos y su expansión territorial en algunas regiones con la connivencia u omisión de la Fuerza Pública, manejando como estrategia privilegiada las masacres y el desplazamiento de población para disputarle a la guerrilla el control sobre algunas zonas. Aunque la acción de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) se ha orientado a golpear de manera privilegiada las zonas controladas por el ELN, también le disputa a las FARC zonas de control suyas (Urabá, cordillera central del Valle del Cauca o



Putumayo, entre otras)¹⁰. El ataque paramilitar es una situación que propicia la denominada guerra sucia o de tierra arrasada, con masacres y actividades que promueven los desplazamientos masivos de población rural. Después avanza el Ejército Nacional con el fin de minar la capacidad militar del ELN, al término que lo ha obligado a permanentes repliegues alejándolo de sus áreas de influencia ideológica. Remata la estrategia, nuevamente, la presencia de las Farc quien, como en el caso anterior, pretende apoderarse de los territorios ocupados por el ELN: véase el caso del sur de Bolívar, la región de Barrancabermeja y en general cualquier lugar del país donde la confrontación obligue al retiro o debilite la presencia de los frentes 'Elenos'. Así, el ELN peleando en tres frentes (contra el Ejército, los paramilitares y las FARC), comienza a ser metódicamente derrotado viéndose obligado a encontrar una salida digna intentando establecer negociaciones con el Estado. Tal vez al considerar que la organización guerrillera pierde potencial operativo, el Estado comienza a cerrar la puerta a los diálogos, corta comunicaciones, detiene procesos de paz y no realiza esfuerzos por establecer zonas de distensión o cualquier otro mecanismo que agilice una salida negociada al conflicto. De tal manera que se percibe un nuevo triunfo del Estado colombiano, un enemigo menor o muy débil, encerrado en zonas marginales sin un impacto decisivo sobre el acontecer político y económico nacional. Baste decir que el anterior proceso se realizó con la anuencia y apoyo del gobierno de los Estados Unidos.

4. Ya con el EPL y el ELN derrotados el Estado puede concentrar su atención en las FARC, a las cuales ha venido restando legitimidad en el ámbito nacional e internacional siguiendo la estrategia de acción indirecta, es decir, creando un clima ideológico adverso a dicha organización (propaganda intensa, condenas por violación de derechos humanos, noticias sensacionalistas, etc.). De esta forma, las FARC, sin credibilidad, debilitadas, con sus tropas dispersas en un inmenso territorio, con su economía desestructurada o inmersa en operaciones ilegales,

deberán soportar en el futuro una guerra en cinco frentes: contra el Ejército Nacional, los paramilitares, los residuos de las organizaciones guerrilleras derrotadas, la presión de los norteamericanos y, en el peor de los casos, con la presencia de tropas internacionales. Obligada a pasar de la lucha guerrillera a la guerra de posiciones, las FARC aspiran a copar las ciudades (como ingenuamente lo plantearon sus comandantes), pero no tienen ni la más remota posibilidad de obtener apoyo de la población ni mucho menos poseen los recursos para conseguir tal fin. Todos los intentos de ubicarse en las ciudades demuestran que estos no son espacios abonados para la subversión. En este asunto, de nuevo, gana el Estado colombiano, o es que ¿alguien puede creer seriamente que una guerrilla conformada por 50.000 o 100.000 hombres (siendo generosos, con abundante imaginación) puede controlar siquiera una ciudad intermedia o el territorio nacional, en especial cuando no cuenta con el apoyo de la mayoría de la población? Ahora, más allá de las especulaciones, las recientes capturas de extranjeros en territorio nacional muestran que las Farc insisten en contactar otros grupos armados especialistas en lucha urbana, como lo revelan sus acercamientos con las organizaciones terroristas IRA y ETA, reconocidas por sus acciones contundentes en el ámbito urbano. De manera que el interés principal de las FARC no es aprender a manejar explosivos (en cuyo caso enviaría sus expertos a zonas neutrales) sino profundizar en las tácticas y estrategias de implante de grupos armados en las grandes ciudades que complementen sus operaciones de milicianos.

El balance general del conflicto, sin embargo, es desalentador a pesar de la eficacia demostrada por el Estado en esta última fase de la guerra; por un lado emergen los problemas de desplazamiento forzado, el aumento de los cordones de miseria en las ciudades y el incremento del desempleo y, por otro, el desmesurado costo político y social de una economía de guerra, con el consiguiente aumento de la deuda externa, la restricción del

¹⁰ GARCÍA DURÁN, Op. cit.

gasto público en educación, salud, entre otros aspectos. En el ámbito político el asunto se complica por la superposición de poderes, la injerencia del Ejército en la toma de las decisiones judiciales y la extendida militarización de la población civil. Pero desde la perspectiva de las fuerzas militares, cada vez se gana en legitimidad, gobernabilidad y control social, cuestiones fundamentales para el equilibrio dentro de la sociedad.

Contrario a las opiniones de los editorialistas y de algunos sectores de la población, el gobierno del actual proceso de paz ha aplicado con decisión un proyecto dirigido a triunfar o, si se quiere -en caso de que se dude de sus capacidades- las cosas no le han podido salir mejor. Así mismo, buena parte de las reformas económicas y políticas propuestas han pasado por el Congreso sin grandes dificultades, hecho que habla de la fuerza política de su gestión, así los índices de popularidad de este gobierno muestren las tendencias más bajas respecto de los gobiernos anteriores.

¡Quién lo creyera! pero tal como están las cosas, este gobierno está a un paso de ser el primero en la historia del país en mostrar resultados en la lucha contra la subversión. Aun cuando no de la forma como lo desearía la mayoría de colombianos, pues la guerra sigue su curso con una creciente intensidad destructora, mientras la sociedad civil cada vez se siente más atrop-

llada y con un estrecho margen de movilidad y acción en el propósito de construir una cultura de paz.

Y, tal vez, es en este último aspecto que más preocupa la situación del país al hacer carrera la criminalidad y la impunidad, sin posibilidades, por ahora, de ponerle freno. De otro lado, la concertación y salidas razonadas a los conflictos sociales no ha sido la mejor estrategia de este gobierno en el que ya son comunes las marchas campesinas, indígenas y obreras ante su precaria situación económica.

¿Hacia dónde vamos? Algunos coinciden en que hacia una guerra civil extendida o conflicto separatista (Paul Collier, Gabriel Tokatlián, Alfredo Rangel¹¹). Difícil suponerlo en el actual conflicto colombiano, cuando el aparato y las estrategias militares del Estado se fortalecen, mientras la subversión cada vez se queda más sola, sin el apoyo de la población y de la comunidad internacional. Si bien el alto número de muertes en combate en el país (más de mil), la creciente pobreza de la población, la emigración masiva de nacionales y el aumento de la criminalidad son elementos indicadores de una guerra civil en Colombia¹², en forma paradójica no se podría afirmar que ésta es ya una realidad en el territorio nacional mientras el conflicto armado no se traslade de manera contundente a las ciudades donde se encuentra el mayor número de la población. Amanecerá y veremos.

¹¹ A propósito del artículo de: PINZÓN SÁNCHEZ, Alberto. ¿Inevitable una guerra civil? En: Lecturas Dominicales de El Tiempo, agosto 5 de 2001.

¹² Ibid.